Nueva edición de

ROCAMBOLE

Los 40 episodios completos

En 40 números semanales

Tomos de más de 100 páginas

EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS



LA CASA DE LAS CONFIDENCIAS

La Novela Sugestiva

LA CASA DE LAS CONFIDENCIAS

por

MARCEL DUVERNOIS

Ilustraciones de
ESTEBAN

12

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



UNA calle no muy lejos del centro, pero de poco tránsito. Una calle discreta, como la casa, que no lo puede ser más. ¡Figúrense ustedes que tiene siempre echadas las persianas!

En la puerta de la casa hay una bombilla roja que de noche está encendida y de día, por el color de su cristal, parece estarlo, y debajo de la bombilla hay un número 13; pero no un número vulgar como el de los demás portales de la calle: un 13 grande, un 13 que no deja lugar a dudas.

Todo el que ve ese 13 sabe que esta casa no es un reformatorio de señoritas ni una casa de préstamos.

El portal está abierto lo mismo de día que de noche. Allí no se le ponen, para entrar, obstáculos a nadie. La escalera, bien alumbrada y más limpia que las de las casas burguesas.

Si tocáis en un timbre que hay en el primer piso, saldrá seguramente a daros los buenos días una dama de edad, que no os preguntará a quien buscáis, sino que inmediatamente os introducirá en una salita donde se informará de vuestros gustos, si, como el personaje de Anita Loos, las preferís rubias, o si por el contrario, os encantan las morenas.

Seguro que algún lector ha creído que esto es una agencia de matrimonios matriculada. Matriculada sí que está; pero no es una agencia de matrimonios. Con deciros que la dama de cierta edad ha hablado por hablar, o por mejor decir, para dar tiempo a que unas damitas se pongan carmín en los labios y se empolven las mejillas...

¿Todavía no ha comprendido usted dónde estamos?

¿No?

Sigamos.

Poco rato después, la sala en que nos ha introducido la dama de edad abre su puerta para dejar paso a seis o siete muchachas perfectamente desvestidas. Mucha carne sonrosada sin cubrir. Están seriecitas, usted puede gastarles una broma, aunque sea un poco atrevida, sin miedo a que se molesten. Están acostumbradas a bromas de muy mal gusto y todo lo que les podáis decir les deja en la más completa indiferencia.

Después, las seis o siete muchachas se marchan.

La dama de cierta edad os pregunta:

—¿Le gusta a usted alguna de ellas?

Y vosotros contestáis:

—La tercera empezando por la izquierda.

O la del peinador amarillo, o esa que no lleva encima más que un abanico, y entonces, cualquiera que sea la que hayáis elegido, la dama de cierta edad os felicita, diciéndoos que habéis estado acertadísimo en la elección y haciendo al mismo tiempo el elogio de la favorecida.

¿Vais comprendiendo?

¿Todavía no?

Pues esto va a ser cosa de volverse loco.

Pero hombre, la casa de las confidencias es...

El lector.—¿Qué es?

—Pues una de esas casas que usted frecuentará seguramente.

El lector.—¿...?

—Hombre, ¡ya era hora!

El lector.—¿Entramos?

—Vamos adentro.



LILÍ Y EL DEBUTANTE



LILÍ, Edelmira Trapajosos para sus amistades de la infancia, es una rubia opulenta, y al decir opulenta no queremos significar que su posición social sea envidiable. Opulenta de carnes.

Entra en la que en la casa de las confidencias llaman la alcoba imperial; es muy parecida a las otras, pero tiene un retrato de Napoleón III, lo cual justifica el título de Imperial.

Mercedes lleva una camisa de seda blanca con lunares de color de rosa, sobre ella se escapan sus hombros de boxeador femenino y de los hombros se desprenden unos brazos musculosos y de color rosado. El sueño de un matarife.

La chica no se puede decir que sea fea (poderse sí se puede, pero se faltaría a la verdad), aunque su nariz sea como un pellizco; su boca, un poco carnosa, y sus orejas, como son todas las orejas.

Una cabellera revuelta; ella cree que artísticamente revuelta corona su figura.

Esto por su anatomía alta. Por la base, de debajo de la camisa surgen dos piernas iguales, las dos fuertes y las dos terminadas en unos zapatos escotados que aprisionan unas medias de color violeta.

La liga las sujeta por debajo de la rodilla, recogiéndolas allí en un bullón, según lo han puesto en moda las peripatéticas de Montmartre. La chica estaba echando una partida de julepe cuando su obligación le ha obligado a abandonarla. Está un poco triste, porque le han interrumpido en el momento en que pensaba desquitarse.

De figura no estaría mal si no fuera porque la parte más carnosa de su humanidad lo es un poco en demasía.

Tras Lilí, mirando a todas partes, entra el Debutante, un tipo sin importancia o de mucha menos importancia que Lilí, como van ustedes a ver en seguida. En la calle no llueve, lo cual no es un obstáculo para que el hombre lleve bajo el brazo un paraguas, apretándolo mucho, como si temiera que se lo fuesen a robar.

Lilí.—Ya estamos aquí, querido. Ponte a tu gusto.

El debutante.—Muchas gracias, señorita.

Lilí.—Pon el paraguas en aquel rincón.

El debutante.—No me molesta. Por tanto, prefiero conservarlo.

Lilí.—Es una cosa rara. Pero en fin, haz con él lo que te parezca. ¿A qué me convidas?

El debutante.—Yo no bebo...

Lilí.—Parece que estás agitado. ¿No estarás enfermo?

El debutante.—Estoy emocionado.

Lilí.—¿A tu edad?

El debutante.—No tengo más que treinta y cuatro años.

Lilí.—¿Y es la primera vez que vienes...?

El debutante.—Es la primera vez..., sí, señorita... Así que usted comprenderá...

Lilí.—No.

El debutante.—Sí. ¿Quiere usted permitirme que le cuente una historia? Yo había cenado con uno de mis camaradas. Con Juan; usted debe conocerle.

Lilí.—¡Ve una a tantos Juanes! Si se llamara Teobaldo. En mi vida he conocido más que a un muchacho que se llamara Teobaldo. ¡Oh, aquél si que era un chico que sabía divertirse! En cuanto entraba aquí empezaba a desmontar las puertas. Después recorría el pasillo dando volteretas. Tú no eres como Teobaldo. Tú eres un muchacho serio. Esas son cosas que se ven en seguida. Continúa.

El debutante.—Continúo. Habíamos cenado Juan y yo en un buen restaurante de dos francos y medio por cabeza. Tres francos incluyendo el champagne. No, deje quieto mi paraguas, se lo ruego;

es usted muy amable, pero no me molesta para nada y hasta parece que me da confianza. Había elegido el cubierto de tres francos, porque yo estimo mucho a Juan. El es alegre y jovial : un verdadero parisino. Yo, no. Yo soy antes que nada un pensador.

Lilí.—Debe ser fatigante eso de estar pensando a todas las horas. Precisamente, lo que yo tengo de bueno es que no pienso nunca en nada. Yo no soy de esas mujeres que se fríen la sangre, me dejo vivir y nada más. Con tal de que mis cabellos continúen rubios y que los clientes dejen el dinero en manos de la patrona, lo demás me importa un rábano.

El debutante.—... Después de la cena nos fuimos al bulevar, y allí llevé yo la conversación hacia los neoplatónicos.

Lilí.—Entonces, tú eres boticario.

El debutante.—No. Yo hablaba y hablaba de los neoplatónicos.

Lilí.—¡ Mi madre !

El debutante.—Juan me conducía. Pasamos una calle, después otra, otra después. Yo continuaba hablando de los neoplatónicos. Juan parecía escucharme con interés. De pronto me dijo : «Tú no tienes cara de divertirte todos los días ; pero lo que es hoy te vas a divertir.» Subimos, sin saber yo a qué, a un primer piso. La puerta estaba abierta. Juan me dió un empujón fuerte y yo me quedé dentro de esta casa. En seguida, una dama vestida de negro salió a recibirme. Yo, como es natural, pensaba excusarme por la manera violenta con que había allanado su domicilio ; pero ella no me dió tiempo, y como si hubiera hecho un gran descubrimiento gritó : «¡ Un señor !» Sin saber cómo me encontré en una salita. Allí tampoco me dejó que me explicara la dama de luto, y sin poderme explicar cómo, me vi de pronto rodeado de media docena de señoras que parecían que acababan de salir del baño. Luego, cuando las señoras se marcharon, la dama de luto me dijo : «A usted quien le conviene es Lilí. Usted parece triste y ella es muy alegre. Trátela bien.»

Lilí.—¿Y Juan?

El debutante.—Probablemente estará abajo esperándome.

Lilí.—¿Todo esto no será un truco para no pagar, verdad? ¿Tienes dinero, por lo menos?

El debutante.—Me quedan ocho francos.

Lilí.—Me das tres francos a mí y los otros cinco a la patrona cuando salgas. Lo corriente es cinco arriba y cinco abajo ; pero si no tienes más que ocho...

El debutante.—Está bien. Está usted bien instalada aquí.

Lilí.—No está mal. La casa es antigua... ¿Te gusto?

El debutante.—Yo soy muy tímido y usted es la primera...

Lilí.—¿No quieres dejar el paraguas?

El debutante.—No, gracias; de verdad.

Lilí.—Si tuvieras veinte francos pediríamos una botella de champagne. Resultaría más alegre.

El debutante.—Ya he tomado una copa de champagne en la cena y con eso tengo bastante. Yo no me he embriagado nunca. ¡En qué aventura me ha metido Juan! Tengo calor.

Lilí.—Quítate la chaqueta.

—*El debutante.*—No, gracias. Hablemos un instante. ¿Usted no tiene prisa?

Lilí.—Según. Estaba jugando al julepe con mis compañeras. ¿Tú no sabes jugar al julepe?

El debutante.—No.

Lilí.—Para el caso da lo mismo. Tú eres muy simpático y me interesas. Dime cuáles son tus intenciones.

El debutante.—Terminar la carrera de Derecho y hacerme cargo del bufete de mi padre. Después, casarme tal vez.

Lilí.—Eso es para el porvenir. ¿Pero cuáles son tus intenciones para esta noche?

El debutante.—Estar con usted algunos minutos confiándonos nuestros puntos de vista sobre algunas cosas y después bajar a reunirme con Juan. Le conozco bien. Es testarudo cuando ha bebido. El quería que me divirtiese. Cuando le vea le diré: «Ya me he divertido», y me dejará tranquilo.

Lilí.—¿Quieres que te enseñe un álbum de fotografías?

El debutante.—Usted es muy buena conmigo, pero tengo mala vista y además, como no conozco a sus parientes...

Lilí.—¿Y tampoco quieres besarme?

El debutante.—Prefiero decirle con franqueza que no podría. Tengo un amor contrariado en el corazón.

Lilí.—Eso es una cosa que hace sufrir mucho.

El debutante.—Pueda ser que usted tenga uno también.

Lilí.—No. En esta casa no los permiten.

El debutante.—Continúo. Se trata de una encantadora señorita. Está empleada en un almacén de modas del bulevar Saint-Michel. Yo paso por allí dos veces al día. No puede usted tener idea de cómo me interesan los sombreros. Los miro y me imagino la cabeza que han de cubrir luego. Esto me hace imaginar novelas para mí solo...

Lilí.—Ten cuidado. La imaginación te gastará.

El debutante.—Había allí un sombrerito con un adorno que parecía una espiga de trigo con amapolas y margaritas. Esto me daba ideas campestres, de ir a las aldeas con grisetas... ¿Usted no conoce a Murger?

Lilí.—Una no puede conocer a todo París.

El debutante.—Había otro con las alas muy grandes, que debía dar una sombra dulce. Parecía que la mujer que lo llevase debía suspirar muy suavemente: «Yo te amo», en los crepúsculos. Había otro que parecía un pan de azúcar. Este estaba en Montmartre. Había también un sombrerito blan-

co con una guirnalda de myosotis. Un sombrero de novia y hasta un gorro bordado de perlas y de turquesas, para el teatro. Y un sombrero sombrío, misterioso, cubierto de un velo gris, el sombrero de una dama casada que corre a satisfacer sus deseos, como decía Flaubert.

Lilí.—Hablas muy bien. Es lástima que eso se pierda. A mí me gustaría leerlo escrito en los periódicos.

El debutante.—Tengo hecha una poesía. Un día en que la señorita salía del magazín, tuve valor suficiente para abordarla. Entramos en un café y allí le leí mis versos. Ella se rió mucho. No había de qué, porque los versos eran muy serios. Entonces la invité a cenar con Juan.

Lilí.—Y Juan te la sopló.

El debutante.—Precisamente. Yo sufrí mucho, pero no me quejé. No tenía ningún derecho sobre Lusionne, puesto que no había nada entre nosotros. Incluso llegué a darles mi bendición. Se marcharon juntos. Eso duró ocho días. Al terminar la semana, Juan la dejó. Yo traté de volverla a convidar; pero ella se negó, diciendo que ya nos conocía y que no quería nada con nosotros.

Lilí.—Eso es lo que suele suceder, que pagan los justos por los pecadores.

El debutante.—¿A quién se lo cuenta usted? Después he pasado y vuelto a pasar frente a la tienda. La cocinera del entresuelo se burla de mí.

Estoy contento de haberle podido contar esta historia. No se la había podido contar a nadie. Esto alivia.

Lilí.—Escucha. No es decirte que te vayas...

El debutante.—Me voy. He aquí dos francos; dos francos setenta y cinco y veinticinco céntimos hacen los tres francos. Y muchas gracias.

Lilí.—Soy yo quien te las da, querido. Cuando tengas penas en el corazón ven a verme.

El debutante (con alegría).—Me ha parecido observar que le intereso. Y, sin embargo, me creerá si le digo que lo corriente es que interese antes a los hombres que a las mujeres... Tengo mi paraguas, mi sombrero. Hasta la vista. Y gracias aún.

Lilí.—Da recuerdos a Juan.

El debutante.—No lo olvidaré.



LA NEGRA Y EL SEÑOR



Se abre la puerta de la alcoba árabe.

La alcoba árabe se diferencia de las otras en muy pocas cosas. En dos nada más. En que tiene una colchoneta adosada a la pared y un pebetero en el centro de la estancia, por otra parte inútil, porque en él no se queman esencias de ninguna clase.

Un poco de imaginación y con el pebetero y la colchoneta podemos echar a volar la imaginación hacia las ciudades de oro, Tánger, Argel, Damasco...

Al abrirse la puerta aparece una figura negra, integralmente negra. El pelo ensortijado, los labios gruesos, la nariz aplastada. Va menos vestida que Josefina Backer, porque al menos ésta lleva un cinturón de plátanos.

La que acaba de entrar en la sala árabe de la casa de las confidencias tampoco está desnuda del todo. Lleva un collar y hasta dan ganas de añadirle una cadena. Lo demás es tan oscuro todo que uno no se puede fijar bien, porque no hay cosa en su cuerpo que resalte, a no ser dos puntos encarnados, pero que ni siquiera se levantan con insolencia. ¡Es que anda circulando por ahí cada leyenda acerca de negros y de negras! En fin, es una de esas negras de las que linchan unas seis mil todos los días en los Estados Unidos y de las que hay una que debían linchar, pero no lo hacen, en cada casa de París que se estime un poco.

Da mucho tono a la casa el que no falte la negra. Ya se sabe que un establecimiento de estos sin una chica de color es cosa perdida.

Detrás de su oscura persona llega un tipo grueso con gafas de concha.

Lleva en la mano una carpeta de hule.

Usa cuello alto, corbata de plastón, flor en el ojal y anillos en los dedos. Desde luego se adivina que es un ser estrafalario.

No parece conceder mucha importancia a su acompañante.

Ella mueve al andar las ancas, como si estuviera bailando el chárleston.

El señor.—Es bonito esto.

La negra.—Estamos en la habitación árabe. Como ves, hay todo lo que hace falta.



—¿Y es la primera vez que vienes?...

El señor.—Un instante. ¿Habría medio de proporcionarme una mesa bastante grande y lo suficientemente equilibrada para que no le bailasen las patas?

La negra.—Comprendido. Tú eres un complicado. Voy a buscar tu mesa.

El señor.—Y también un secante. Un gran trozo de secante.

La negra.—¿Un secante? ¿Es que piensas enseñarme algún truco nuevo?

El señor.—Anda, pequeña. Vete a buscarlo. ¿Cómo te llamas?

La negra.—Lologamba.

El señor.—Es un nombre muy bonito.

(La negra sale. El señor abre la carpeta de hule que lleva bajo el brazo.)

La negra.—Aquí están la mesa y el secante.

El señor.—Eres un angelito de chocolate.

(Tararea el «Baila Bamboula así y asao», que le parece muy de circunstancias; lleva la mesa bajo la lámpara eléctrica y alínea cuidadosamente una estilográfica, un lápiz, amplias hojas de papel blanco y un cuaderno, sobre el que pueden leerse estas palabras: «El subterráneo de los policías», novela. Treinta y ocho mil líneas.)

La negra.—¿Qué es lo que tengo que hacer yo ahora?

El señor.—¿Te gusta fumar?

La negra.—Sí; pero tengo el gusto fino; nada

más que Caporal. Fumo la mitad, y la otra mitad la masco. Para mí es un regalo.

El señor.—Toma, coge dos cigarros. Espero que estarás contenta, hija de la naturaleza.

La negra.—Lo estoy. ¿Te quedarás mucho tiempo?

El señor.—Dos horas. Siéntate.

(Lleva un sillón hasta la mesa, ensaya su estilográfica y escribe:)

«Adalberto sentía que le temblaban todos sus miembros. En el momento de penetrar en aquel subterráneo, objeto de sus sueños y de sus esperanzas, un miedo atroz le dejaba frío.

»¡Y qué miedo!

»El miedo, padre de los espantos.

»Llamó a la puerta.

»¡Solos!

»¿Qué iba a encontrar?

»El policía-asesino, hombre de mundo, se dió ánimos. Nada de debilidades. En el silencio augusto de la noche oyó sonar doce campanadas como doce latidos de su corazón. Avanzó en las tinieblas, al final de las cuales temblaba una luz, una luz que se asemejaba a una lágrima de sangre que un escarabajo hubiera derramado.

»Durante este tiempo, ¿qué hacía miss Edith?

»Se paseaba lánguidamente por el parque suntuoso.

»Sus zapatitos primorosos acariciaban la arena

como el ala de la gaviota poética acaricia la espuma del mar...»

La negra.—¿No me necesitas?

El señor.—No.

La negra.—¿Escribes cartas?

El señor.—¡Y yo que había elegido a la negra por creer que sería menos curiosa!

La negra.—Es verdad que soy negra; pero he nacido en Auvervilliers.

El señor.—¿Quieres que te cuente mi historia?

La negra.—Si te place... Después te contaré yo la mía.

El señor.—Casi será lo mejor, porque como vendré con frecuencia.

La negra.—¡Oh, tesoro! ¿Y preguntarás por mí?

El señor.—Puede ser. ¿Te agrado?

La negra.—Eres muy simpático. Nos divertiremos juntos.

El señor.—Yo no vengo aquí a divertirme. Vengo a trabajar. Tengo una mujer que llena de gritos la casa, ¿comprendes?

La negra.—¿Enferma?

El señor.—Malvada. Yo escribo novelas, de las verdaderas, de las largas. El oír chillar a mi mujer constantemente me corta la inspiración. Y tengo necesidad de estar inspirado y ver claramente mis personajes. Renuncié a trabajar en casa y me fuí a escribir en el café. ¡Buen asunto! Los poetas podrán utilizar el café porque no tienen que escribir treinta y ocho mil líneas. Alquilé una alcoba amueblada; pero cosa curiosa, no puedo escribir cuando estoy solo, se produce un fenómeno curioso. El papel me da vértigos, los ojos me pican, me duermo. He escrito en los salones de lectura de los hoteles: demasiada gente. En los jardines, en el ferrocarril...

La negra.—Y después has venido aquí.

El señor.—Sí, aquí hay silencio. Y si tú quieres me servirás de compañía. Vendré dos o tres veces por semana, y cuando haya terminado un capítulo te lo leeré.

La negra.—¿Es esa tu pasión?

El señor.—Sí; soy un apasionado de las gentes de letras.

La negra.—Si lo hubiera sabido me habría traído mi obra yo también. Me estoy haciendo un sombrero beige con un macarrón en tapicería y una pluma azul celeste. Tú me mostrarías tu escrito y yo te enseñaría mi sombrero.

El señor.—Eso resultaría encantador. Pero por ahora te ruego que guardes silencio.

La negra.—Bien.

El señor.—(Leyendo en voz alta.) «... como el ala de la gaviota poética acaricia la espuma del mar. De pronto, ella dió un grito: ¡oh!, seguido de otros gritos desgarradores: ¡Dios mío!, ¡Socorro!, ¡Me asesinan!, ¡A mí, monsieur des Brottinnieres!, ¡Al asesino!, ¡Al asesino!...»

(Llaman violentamente a la puerta.)



—Yo no vengo aquí a divertirme

Una voz. — ¿Está usted aquí, señorita Lologamba?

La negra.—Sí, señora. No tema usted nada. Nos estamos divirtiendo.

El señor.—En esta casa no deben tener costumbre de recibir novelistas.

La negra.—La clientela está formada principalmente por financieros. La casa es tranquila y lo corriente es que sea utilizada para otras cosas.

El señor.—Yo no doy importancia a la bagatela. He aquí algo de lo que no me preocupo... Mi sola amante es la gloria.

La negra.—¿Y estáis enfadados ahora?

El señor (con sonrisa indulgente).—No. La espero. Vendrá tal vez aquí.

La negra.—No se reciben damas de fuera de la casa. ¡Ah! Cómo haces correr tu estilográfica. Déjame que vaya a buscar a Carmen y a Rebeca para que vean este prodigio... Pliegas los labios, sacas la lengua, miras al techo... ¡Oh! No me mires con esos ojos, que me asustas... Es verdad que tienes aspecto de estar sufriendo. Estás rojo, con grandes venas en la frente. ¿Vas bien? Sí, parece que sí. Y yo soy la que hace correr tu estilográfica. Bravo. Qué rápido va. Reposa un instante. ¿No tienes sed? Un esfuerzo más ...

El señor.—(Leyendo:) «Tú no quisiste casarte conmigo. Muere, pues, mi paloma, muere sobre la blancura inmaculada de esta nieve primaveral.»

La negra.—(Inquieta.) Cálmate. ¿Quieres que toque el acordeón? Esto te tranquilizaría.

El señor.—«¡Muere! Yo soy Conrado. El amigo del policía-asesino, hombre de mundo. Esta es la hora en la que hasta los mismos criminales confiesan su identidad. Y esta hora era la de tu último suspiro. Llama a tu Rodolfo ahora. Está lejos. Atado a un árbol por mis compañeros los «Pies Negros», una mordaza en la boca y un puñal envenenado clavado al pecho. Muere, puesto que no quieres ser mía...»

La voz.—Señorita Lologamba. ¿Está usted viva todavía?

La negra.—Sí, señora.

El señor.—«... puesto que no quieres ser mía.»

La voz.—Señor, si usted quiere hacer alguna reclamación, pase por la caja. Pero no dé tantos gritos, porque revoluciona a las muchachas.

La negra.—(En voz baja.) Es el ama.

El señor.—¿Y qué es lo que le pasa al ama? Me ha tomado seguramente por un asesino. Señora, lo que estoy haciendo es trabajar. Por otra parte, he terminado ya. Y no he quedado descontento. Hay muchos puntos suspensivos, muchas interrogaciones y las interjecciones no faltan. Toma estos diez francos. Volveré el miércoles para ver si termino el capítulo cuarenta y dos. Hasta la vista, pequeña. Gracias a ti he podido escribir un capítulo en Africa. ¿Tengo todos mis instrumentos?... Dejaré el secante para la próxima vez.

(Sale de la casa, ante el terrorífico silencio de todas las pupilas.)

La negra.—¡Ah! ¡Qué tipo!...

La dueña.—He dado parte al puesto de policía. Le cazarán en el portal.



LUCIENNE Y FERNANDO



A sala española

Idéntica a la sala imperial, idéntica también a la sala árabe. Sólo una diferencia. En una de las paredes hay clavada una cabeza de buey y unas banderillas arbitrarias. Debajo de las banderillas, unas castañuelas descomunales, unas castañuelas que parecen el anuncio de una castañuelería, algo así como la alpargata de muestra que suele haber colgada en las puertas de las alpargaterías, o el sombrero de anuncio de que se valían los sombrereros para detener a las gentes en la puerta de su casa.

En la sala española acaban de entrar Lucienne y Fernando.

Lucienne es morena y gruesa. Se ha oxigenado el pelo; pero como se lo ha oxigenado a chorros, peor que si no lo hubiera hecho. Se lo adorna con un lazo que parece una corbata de pajarita. Al

cuello, una cinta encarnada, una de esas cintas que vistas al cuello de una de estas mujeres hacen pensar inmediatamente en las policlínicas.

No lleva más ropa que un «maillot», lo cual no se puede decir que sea escandaloso porque es idéntico al que todas las damas que se estiman llevan en las playas; pero el «maillot» de Lucienne, dada la abundancia de carnes de su poseedora, amenaza estallar por dos sitios: por arriba, en la parte delantera, y por abajo, en la trasera. Lo de arriba lo ha solucionado la dama dejando en libertad dos cosas iguales que debieran estar guardadas; lo de abajo no hay forma de solucionarlo. ¿Quién deja en libertad una redondez tan pronunciada?

Lucienne no es fea.

Es ordinaria; pero fea, no.

Le sobra carne por todas partes, por los brazos, por las piernas, por las mejillas.

La cara la tiene maquillada con el mismo gusto con que pudiera hacerlo un chofer de Hamburgo.

En cuanto a Fernando ya le irá conociendo el lector a medida que dialogue con Lucienne, que para eso le hemos traído a la casa y para eso también le hemos traído a la novela.

De no ser para esto le hubiéramos dejado con su familia.

Lucienne.—¡Vaya! Ya estamos solos.

Fernando.—Esto no marcha bien.

Lucienne.—La verdad es que no tienes buena cara.

Fernando.—Te has dado cuenta, ¿eh?

Lucienne.—¿Siempre los líos con tu mujer?

Fernando.—Escucha y contéstame la verdad. ¿Es que yo soy muy torpe? ¿Francamente torpe?

Lucienne.—Nada de eso, querido.

Fernando.—¿Puede una mujer amarme?

Lucienne.—Seguramente. No hay puchero roto que no encuentre su tapadera.

Fernando.—Entonces yo soy como un puchero roto...

Lucienne.—No digas tonterías. Yo te encuentro distinguido. Tú no tienes una de esas cabezas que a las mujeres nos gusta acariciar mientras murmuramos el nombre del amado. Pero más feos que tú los hay a cientos.

Fernando.—Yo no soy alegre, lo reconozco. Y eso es lo que te pido a ti que me hagas: un hombre alegre. Desde la semana última he tenido nuevos ciscos con mi mujer.

Lucienne.—Con eso no logras más que quemarte la sangre.

Fernando.—He encontrado una carta. Te la he traído para que me digas qué es lo que piensas, tú que entiendes de eso. (Le tiende una carta.)

Lucienne.—Lee tú, porque a mí ya sabes que no estando en letra de imprenta me molesta la lectura.

Fernando.—(Leyendo.) «Mi ángel adorado: Estoy todavía ardiendo por tus caricias. Ha sido ayer, ayer, y me parece que han pasado mil años. Las horas que me separan de ti son siglos, y tu recuerdo me produce una gran melancolía, como si ya en la vida no fuera a volverte a ver.

»He cerrado mi alcoba para clausurar tu perfume. Lo respiraré hasta que se desvanezca; he puesto flores sobre la cama, en el querido lugar en que tú reposaste, y me he arrodillado delante de ellas...»

Lucienne.—Te resultará penoso el leerlo, ¿verdad?

Fernando.—¿Es que a ti no te parece que esto es bastante significativo? Yo juraría que era la carta de un amante.

Lucienne.—Eso ya es discutible.

Fernando.—¿Te vas a poner, tal vez, contra mí? Yo he venido aquí para encontrar una opinión imparcial...

Lucienne.—¿Has dicho...?

Fernando.—Imparcial.

Lucienne.—Di que lo que buscas es venir a llorar un poco en mi regazo.

Fernando.—¿Y te enojo?

Lucienne.—Ni lo pienses.

Fernando.—¿Ante una carta como esa, qué hubieras hecho tú en mi caso?

Lucienne.—Hubiera interrogado a mi mujer.

Fernando.—¡Natural! Eso es lo que he hecho.

No soy tan tonto. Le he colocado este papel debajo de las narices y le he dicho: «¿Me quieres explicar lo que quiere decir esta cochinería que he encontrado bajo tus guantes de Suecia?» Y ella me ha contestado: «¿Qué es lo que has ido a buscar en mis guantes de Suecia? ¿Es que no me va a estar permitido el tener mis pequeños secretos de mujer?» Yo grité: «¡Son dignos tus secretos! Tú tienes un amante y yo lo sospechaba. Y como firma «tu pequeño teniente», es bastante difícil saber de quién se trata. Estoy ya harto y te prevengo que estoy decidido a pedir el divorcio.»

Lucienne.—¿Y qué te contestó ella?

Fernando.—Me repondió esto que te repito textualmente: «Quiero darte una explicación más, pero te aseguro que será la última, porque empiezo a cansarme de esos celos y quiero vivir tranquila, ¿me oyes? Tranquila. Esta carta que parece inquietarte tanto la he copiado de una novela.» ¿Y dónde has encontrado el papel sobre el que está copiada, que no es el que nosotros usamos? «En casa de una amiga.» ¿Qué amiga es esa? Entonces ella se ha puesto furiosa. «Empiezas a ponerte pesado y no te diré ni una palabra más.» Aquí acabó el diálogo, y desde entonces no sé, no sé...

Lucienne.—¿Cómo que no sabes? Tú eres cornudo, querido amigo.

Fernando.—Te ruego que no olvides quiénes somos y donde nos encontramos.

Lucienne.—Como me consultas...

Fernando.—Si tú me escribieras una carta, una carta de amor, para que ella la encontrase... Quiero darle celos.

Lucienne.—Eso nos hará pasar un rato. Voy a buscar papel, pluma y tintero. Esto nada más que por agradarte, porque antes de escribir una carta preferiría, preferiría...

Fernando.—Yo sabré recompensarte.

(Lucienne se marcha y luego vuelve con un tintero de diez céntimos, un portaplumas mascado en la madera y un papel de escribir de color de rosa.)

Lucienne.—Me instalo. Déjame escribir a mi gusto.

Fernando.—¡Dios mío, qué papel! ¡Y qué escritura!

Lucienne.—¡No gruñas, no gruñas! Todas las letras van completas. No me mires, porque cuando estoy escribiendo y me miran, me azoran.

(Continúa escribiendo. Algunos minutos después.)

Fernando.—¿Terminaste?

Lucienne.—Sí; espera, que te lo voy a leer.

«Mi pequeño lobo en azúcar: Cuando estoy contigo paso tanto tiempo olvidada de todo en tus brazos que me hago cazar por la dueña, pues ya sabes que estamos más cronometradas que los taxímetros.

»Mas eso no importa, visto lo que te adoro y que

soy toda tuya, y que tú eres mi sangre, y mi alma, y mi vida.

»Ven a verme lo más pronto posible.

»Te tengo reservadas dos piezas de a medio luis, una de dos francos, doce cigarrillos, una baraja y cuatro paquetes de puros...»

Fernando.—¿Cómo?

Lucienne.—¿No me has dicho que lo que quieres es una carta de amor?

Fernando.—Precisamente; pero...

Lucienne.—Pues yo te escribo una carta de amor y es necesario que te pruebe que te amo. Y fíjate qué final he puesto: «Y aplasto mis labios sobre los tuyos, mi querido chiquillo de oro.»

Fernando.—¿Y tú crees que eso dará resultado?

Lucienne.—Ya lo creo.

Fernando.—A mí me parece que lo del dinero y lo del tabaco está de más.

Lucienne.—Déjame a mí, que conozco mejor que tú a las mujeres.

Fernando.—A las mujeres, sí; pero a la mía, no.

Lucienne.—¡Bah! ¡Bah! Tu mujer, que yo sepa, no le ha roto tres patas a un ganso. ¡Mi mujer! Sé quién es tu mujer desde hace dos meses que vienes aquí dos veces por semana a contarme cosas de ese camello.

Fernando.—Pero Lucienne...

Lucienne.—Si tú le harías hervir la sangre a un arenque.

Fernando.—No te excites, mujer.

Lucienne.—El primer día que viniste te pusiste a llorar. Yo no puedo ver llorar a un hombre porque se me ponen los nervios hechos una bola. Yo te consolé. Habías visto salir a tu mujer de un hotel amueblado...

Fernando.—Ella me lo explicó. Había ido a la cocina de ese hotel a buscar la fórmula del lenguado Dugleré. Me mostró la fórmula; aquel día me equivoqué. Lo confieso con franqueza.

Lucienne.—Y el martes próximo me dirás que estabas equivocado en lo de la carta. Te voy a decir lo que tú eres.

Fernando.—¡No!

Lucienne.—A ti no te gusta la franqueza.

Fernando.—Lo que quiero es un consuelo.

Lucienne.—¿No tienes amigos?

Fernando.—No. Todos ellos prefieren a mi mujer. No tengo a nadie más que a ti.

Lucienne.—¿Es cierto?

Fernando.—Es cierto. No me trates mal. Dame la ilusión de la amistad.

Lucienne.—Yo creo que la práctica del amor resultaría mejor que la amistad.

Fernando.—Sé que me estoy volviendo imbécil. Tengo el cráneo muy pequeño y muy estrecho, muy puntiagudo; cuando se me amontonan muchos pesares parece que va a estallar. ¡Cómo me gustaría ser feliz!

Lucienne.—No te tomes malos ratos. Cierra los ojos.



—Lee tú, Fernando

Fernando.—Yo cerraría los ojos si estuviera seguro, lo que se puede decir seguro... Pero el que la haya visto salir de un hotel amueblado y el que le haya encontrado una carta de amor en su caja de guantes no me parecen motivos suficientes para deducir que me engaña. ¿No es eso? Respóndeme: «No, claro está que no, Fernando.»

Lucienne.—No, claro está que no, Fernando.

Fernando.—¡Qué miseria!

Lucienne.—Distraete. No haces más que hablar desde hace dos meses.

Fernando.—No me decido a traicionar a mi mujer, porque eso sería una traición. Prefiero sentarme al piano como la última vez.

Lucienne.—¿Me has traído el vals que te pedí?

Fernando.—Sí. (Se sienta al piano.)

Lucienne.—Vaya. Empecemos. (El toca y ella canta.)

Es para morirse, loca niña a quien quiero.
Por tus grandes ojos yo muero.
Por tus cabellos y tu risa deliciosa,
yo muero por tu cuerpo de diosa.
¿Qué me importa que no seas fiel
y traiciones mi amor espiritual?
Yo te amo, aunque tú me engañas
en los brazos de un rubio oficial...

Lucienne.—Es oportuno.

Fernando.—Me marcho.

Lucienne.—¿No continuamos?

Fernando.—Es demasiado bello. Terminaría llorando. ¿Tú sabes lo que dijo el poeta?

Lucienne.—Oye una cada burrada... Si escuchas la letra de los valses estarás llorando siempre.

Fernando.—Es que tengo el tiempo justo de pasar por casa del barbero. Me voy a quitar la barba y el bigote. ¿Qué opinas tú de esto?

Lucienne.—Tendrás una cara grande como el puño.

Fernando.—Y después, si lo de la carta resulta...

Lucienne.—¿Volverás?

Fernando.—Volveré a que engañemos a mi mujer definitivamente.





lcoba suiza.

Lo mismo, lo mismito que todas las anteriores.

En esta casa de las confidencias no tienen por qué andarse con innovaciones. La alcoba suiza, en lugar de una litografía de Napoleón III, o de una colchoneta, o de un par de castañuelas, tiene un reloj de cuco que a la dueña del establecimiento le parece del más puro gusto helvético. En un principio el reloj funcionaba; pero como a veces el cuco salía en los momentos menos oportunos y asustaba al cliente, hubo que reducirle al silencio, dejando que se acabara la cuerda.

Y en esta sala suiza, que el reloj de cuco preside, entra Mercedes, lo mejor de la casa. Mercedes es una de esas israelitas de París que por casualidad no ha salido honesta.

Es lánguida, flexible, con unos ojos negrísimos,

bellísimos y grandísimos. A su figura le irían bien las trenzas; pero como todas las mujeres, se ha cortado melena.

Ropa que lleva sobre su hebráica personalidad: la camisa solamente. Un capricho de camisa que descubre más que lo que pretende tapar; descubre en primer lugar unas piernas finas que no hace falta que se trasparenten a través de la media de seda, como se dice en las novelas, porque Mercedes no lleva medias de ninguna clase, y sí unos calcetines con los que pretende tener tipo de colegiala.

Es una bonita figura. Ya hemos dicho que la más bonita de la casa de las confidencias, y si no insistimos es porque no se nos tome por parciales.

Detrás de Mercedes entra el extranjero.

El extranjero es obeso. Sus fuertes bigotes se erizan bajo una nariz pacífica.

Está vestido con un traje de caza color verde botella, rayado de marrón. Lleva botines de turista, una colosal cadena de reloj, medias rayadas y echado a un lado de la cabeza un encantador sombrero tirolés adornado con pelo de camello.

Está lleno de polvo.

Mercedes le mira como se mira a un tipo raro. El mira a Mercedes con una mirada de bobalicón.

Mercedes.—Quítate el sombrero, amigo mío... sin tener en cuenta que le va muy requetebién a tu elegancia. Pero para otra vez ten presente que no es necesario que te pongas de smocking. Te recibiremos como vengas...

El extranjero.—¡Ah!

Mercedes.—¿Vienes de lejos?

El extranjero.—Sí.

Mercedes.—¿A pie?

El extranjero.—En tren.

Mercedes.—Sois muy divertidos tus amigos y tú. Los cinco vestidos de la misma manera.

El extranjero.—Hemos venido dieciséis a París. Diecisiete con el presidente.

Mercedes.—¿Habéis venido a jugar al fútbol?

El extranjero.—No somos ingleses.

Mercedes.—Puedes creer que mi fuerte no es la Geografía.

El extranjero.—Yo soy artista ejecutante.

Mercedes.—Bueno.

El extranjero.—Yo soy bajo, participante de una masa coral: «Los alegres amigos de Bildeburgo».

Mercedes.—¿Tú estás en el coro?

El extranjero.—Sí.

Mercedes.—Sucio oficio. No se gana absolutamente nada.

El extranjero.—Lo hago por distraerme.

Mercedes.—¿Y cómo habéis venido a Francia?

El extranjero.—Dieciséis. Todo el comité.

Mercedes.—¿Para cantar?

El extranjero.—No; de turismo.

Mercedes.—Si tú fueras simpático cantarías ahora alguna cosa del género sentimental.

El extranjero.—Yo no puedo cantar más que con los otros hombres.

Mercedes.—¿Es verdad? Nadie lo diría al verte aquí.

El extranjero.—El presidente ha querido que viniéramos.

Mercedes.—¿Es él quien manda?

El extranjero.—Naturalmente.

Mercedes.—¿Y qué tal me encuentras?

El extranjero.—Muy bien de carnes y de línea. Te encuentro bien. ¿Y tú, cómo me encuentras a mí?

Mercedes.—Bien de carnes, y sobre todo muy alegre.

El extranjero.—No. Yo soy un nostálgico.

Mercedes.—Bueno; ¿y quién te impide hacerlo?

El extranjero.—¿El qué?

Mercedes.—Lo que se hace.

El extranjero.—No sé hacerme comprender bien. Soy extranjero. Triste.

Mercedes.—¿No marchas bien?

El extranjero.—Me aburro; hace tres semanas que estamos en París.

Mercedes.—¿Y quisieras volver a tu pueblo?

El extranjero.—No es eso. Lo que me enoja es que todavía no me he tropezado con el amor.

Mercedes.—¡Pobre chico!

El extranjero.—Yo soy una florecilla azul.

Mercedes.—Has hecho bien en venir aquí.

El extranjero.—¡Oh! Me parece que no.

Mercedes.—Te aseguro que sí.

El extranjero.—Era necesario verlo todo. Esta

mañana hemos visitado la calle más estrecha de París, la calle de Venise, y la casa donde nació André Chenier. ¿La conoces?

Mercedes.—No.

El extranjero.—¿Y el Conservatorio de Artes y Oficios?

Mercedes.—Tampoco. Lo único que he visto es el «square».

El extranjero.—¿Y el Instituto Oceanográfico?

Mercedes.—No.

El extranjero.—¿Y el etnográfico del Trocadero?

Mercedes.—Tampoco. Nosotras apenas salimos.

El extranjero.—Pues el etnográfico del Trocadero es muy distraído.

Mercedes.—¿De veras? Me tocará salir dentro de dos meses. Iré a verlo. ¿Estás seguro de que no lo lamentaré?

El extranjero.—No.

Mercedes.—Siempre han de ser los extranjeros los que nos informen sobre nuestras cosas.

El extranjero.—Hemos visto las calles más bellas, la calle Bergére, la de Rougemont y los grandes bulevares: Bonne Nouvelle, Filles du Calvaire...

Mercedes.—¿Y no habéis visto la calle des Pannoyeaux?

El extranjero.—No.

Mercedes.—Pues en esa calle es donde yo nací.

El extranjero.—¿Interesante?

Mercedes.—Ya lo creo.

El extranjero.—Entonces tomo nota para mañana.

Mercedes.—¿Y por las noches qué hacéis?

El extranjero.—Llegamos fatigados. Nos acostamos. Una vez solamente hemos invitado a unas señoritas del bulevar a que tomasen unos bocks.

Mercedes. — No está mal. ¿Buenas muchachas, eh?

El extranjero.—La mía llevaba un precioso vestido de seda. Una dama grave, con un pecho soberbio. Una verdadera morena, con un bigote en el labio; algo magnífico. Ella quería estar todo el tiempo besándome, pero me registraba los bolsillos. Fué mi presidente quien la vió. «Gustavo—me dijo en nuestro idioma—, la ladrona te ha robado tu pañuelo.» Fué en el momento preciso en que ella me daba besitos en los párpados para que yo los cerrara, y me decía palabras tiernas: «Mi amigo, mi tesoro, te pareces a mi primer amor. Dame tus labios bonitos.» Yo le respondí: «Primeramente, devuélvame usted mi pañuelo.» Ella me trató de mezquino. Yo llamé a un guardia. Delante del guardia me devolvió el pañuelo y preguntó a ver si no se podían gastar bromas. ¡Una dama que hablaba el inglés, el alemán, el checo, el ruso y el español!

Mercedes.—Desconfía del bulevar.

El extranjero.—En mi casa tengo más de doscientas en tarjetas postales. En las tarjetas no piensan más que en el amor y aquí no piensan más



Miraba a Mercedes con mirada de bobalicón

que en el comercio. Es la diferencia que hay entre la poesía y la realidad. Cuando regreso a mi pueblo tendré doscientas postales más.

Mercedes.—¿Es que las coleccionas?

El extranjero.—Las meto en un cajón, que cierro con llave, en mi casa.

Mercedes.—¿Y las miras?

El extranjero.—Algunas veces, por las noches, me entretengo en verlas, bajo la lámpara. Hay danzarinas que levantan la pierna hasta el sombrero de sus compañeros de baile. Me parece que estoy en el Molino Rojo, y sigo mirando mis postales. Un buen vaso de cerveza, mi pipa y mi perro que gruñe. Por las tardes me dedico a la industria y por las noches al ensueño.

Mercedes.—Puesto que no haces más que hablar voy a encender un cigarrillo.

El extranjero.—La conversación es agradable.

Mercedes.—Y, además, te instruyes.

El extranjero.—Me iré con un bonito recuerdo.

Mercedes.—No eres muy exigente.

El extranjero.—¿Cómo te llamas?

Mercedes.—Mercedes.

El extranjero.—¿Me firmarás una postal?

Mercedes.—Si tú quieres...

El extranjero.—Y después te dejaré una docena. Todos los meses me enviarás una a mi pueblo.

Mercedes.—Si te figuras que me voy a acordar...

El extranjero.—Por cada una que reciba te enviaré cinco francos.

Mercedes.—En ese caso...

El extranjero.—Es para enseñárselas a los que no han venido.

Mercedes.—Les quieres epatar...

El extranjero.—Pondrás debajo: «Un bello recuerdo.»

Mercedes.—Entendido.

El extranjero.—Y añadirás un versito que yo he compuesto:

«A mi amigo de Bildesburg
envío mi recuerdo de amor.
Deseando que vuelva pronto
queda llorando mi corazón.»

Mercedes.—Es bonito.

El extranjero.—Y yo se lo enseñaré a los amigos durante los ensayos.

Mercedes.—¡Qué difícil resulta comprenderos! Abajo parecías un pillín.

El extranjero.—Era por los camaradas.

Mercedes.—Y en la intimidad eres absolutamente distinto.

El extranjero.—Es porque soy un artista.

Mercedes.—Sí.

El extranjero.—Y los artistas buscamos el amor.

Mercedes.—Te será más fácil encontrarle en tu pueblo.

El extranjero.—Allí las mujeres son muy serias.

Mercedes.—¿No estás casado?

El extranjero.—Dílo, para que lleve ese sonido en mis oídos hasta Bildesburg.

Mercedes.—No puedo.

El extranjero.—Te lo pagaría el que lo dijeses.

Mercedes.—No puedo. Es como si me pidieses que jurara en falso.

El extranjero.—En ese caso no insisto.

Mercedes.—¿Volverás por aquí?

El extranjero.—No creo. Quedan todavía tantas cosas sin visitar.

Mercedes.—Sin rencor, mi lobo.

El extranjero.—Sin rencor.



LA NOVELA SUGESTIVA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

UNIÓN POSTAL		OTROS PAÍSES	
Año.....	Pts. 24	Año.....	Pts. 40
Semestre	» 12	Semestre	» 24

PAGO ANTICIPADO

Los números atrasados se venden al mismo precio que los corrientes

Para reclamaciones por deficiencias de servicio, diríjanse a

PRENSA MODERNA

Apartado 8.012

MADRID